



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© Del texto e ilustraciones: 2024, Iban Barrenetxea  
Representado por Tormenta. [www.tormentalibros.com](http://www.tormentalibros.com)

© De esta edición:

2024, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-560-7

Depósito legal: M-17039-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: octubre de 2024

Directora de la colección:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

Maquetación:

Guillermo Abatti

Dirección de arte:

Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Julia Ortega y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# LA MUSARAÑA QUE ROBÓ UNA MONTAÑA

**Iban Barrenetxea**

loqueleq



## Donde conocemos al **REY MISÉRRIMO** y su muy peculiar **CORONA**

Había una vez un rey cuya corona era como la de ningún otro rey.

Su corona no era de oro, no era de plata, ni de bronce, ni de latón...

¡Su corona ni siquiera era de cartón!

La corona del Rey Misérrimo era una corona de papel. Él mismo se la fabricaba cada mañana con el periódico en el que venía envuelta la sardina frita del desayuno.

Mientras se comía la sardina y roía un mendrugo de pan del día anterior, se entretenía leyendo en el periódico las noticias de antes de ayer.



«¡EL REINO SE CAE A PEDAZOS!», proclamaba aquel día el periódico con grandes letras salpicadas de aceite.

«¡Los Barrenderos Reales, hartos de pasarse el día recogiendo pedazos de Reino y volviéndolos a pegar, se declaran en huelga!».

8 —¡Bah! —exclamó el Rey mientras pescaba con la uña un pedazo de sardina entre dos de los tres dientes que aún le quedaban a la boca real—. Si los barrenderos no trabajan, ¡pues mejor para mí, así me ahorro el desgaste de las escobas! ¡Por no hablar de la factura del pegamento! ¡Ni que me sobrara el dinero para despilfarrarlo en tonterías!

Y lo cierto es que viéndolo allí, sobre el trono apolillado, sin corona, con la túnica cubierta de lamparones y la capa remendada, pensaríamos que, realmente, en aquel Reino no había un real.

En cuanto al propio Reino, bien podría decirse que era el espejo del Rey, pues ambos presentaban la misma apariencia miserable y descalabrada. Tanto era así que, cuando las cigüeñas se posaban en alguna de las tres torres que aún le quedaban al Palacio Real, lo hacían de puntillas por temor a que la torre se viniera abajo.



Tras dejar la raspa de sardina bien limpia y chuperre-  
teada, el Rey Misérrimo extendió el periódico sobre sus  
rodillas. Una doblez aquí, otra allí, otra allá, y... ¡ya tenía  
su corona! Una corona grasienta y apestosa, pero una co-  
rona al fin y al cabo.

10 Además, tal como dijo el sabio Aristoldo, que como  
todo el mundo sabe fue el más ilustre de todos los habi-  
tantes de aquel Reino:

«No es la corona la que hace al Rey, sino el Rey el que  
hace la corona». Así que el Rey Misérrimo estaba conven-  
cido de que no podía haber en mil leguas a la redonda  
otro Rey tan espléndido y tan apuesto como él. ¡Qué otro  
Rey podía permitirse forjar y estrenar corona nueva cada  
día!





## **Cómo el Rey Misérrimo subía a la **TORRE DEL TESORO**, y los grandes **PELIGROS** que la guardaban**

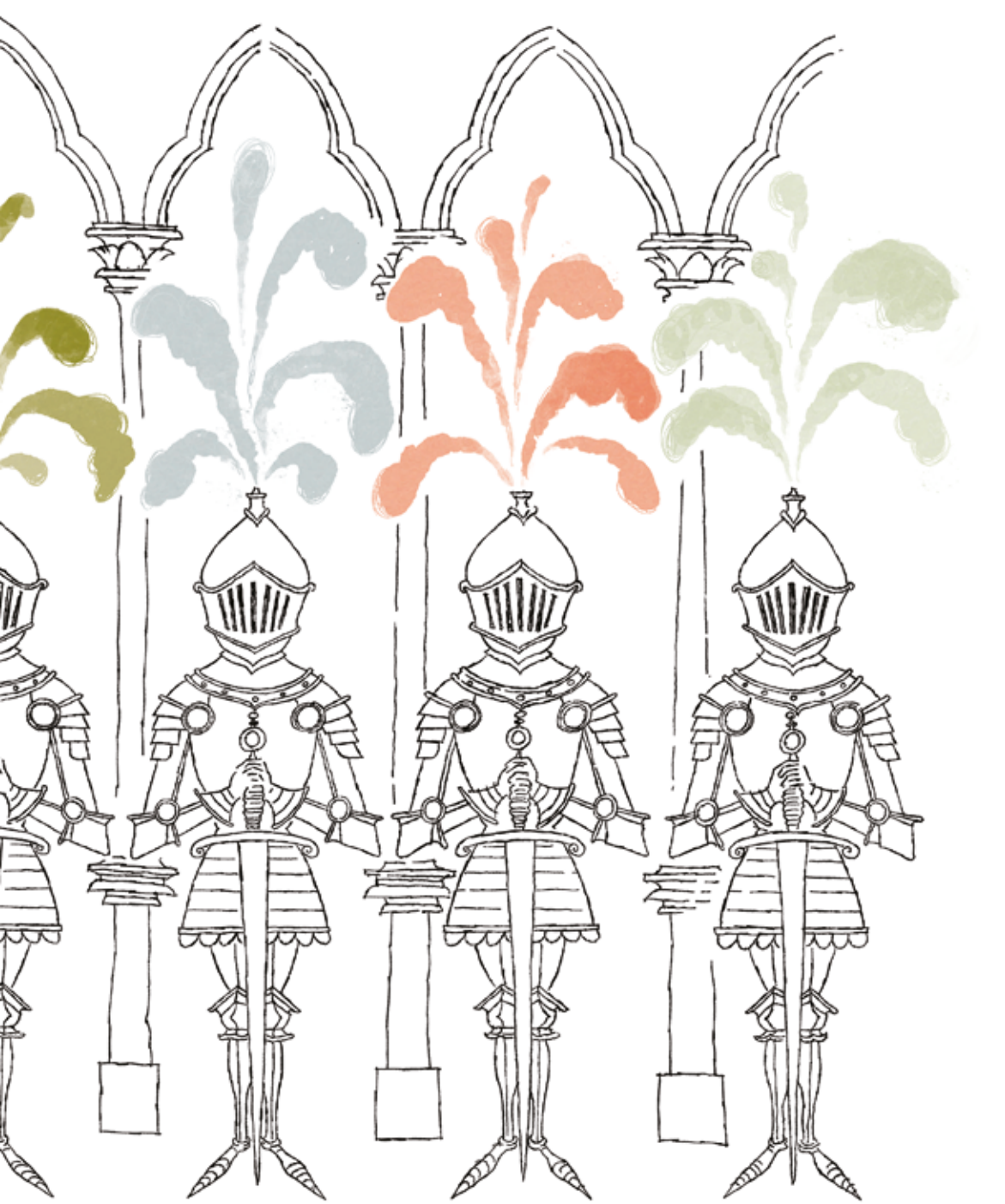
Así, bien coronado y desayunado, el Rey Misérrimo se iba cada mañana a la Torre del Tesoro, descalzo y de puntillas para no desgastar el suelo ni la suela de sus zapatos.

11

Para acceder a la Torre del Tesoro había que atravesar tres puertas.

La primera estaba al final de un pasillo que guardaban noventa y nueve caballeros bien armados. Aquellos noventa y nueve caballeros, los más valientes del Reino, jamás abandonaban su puesto, y antes se dejarían matar en combate que permitir el paso a quien no fuera el propio Rey Misérrimo. Pero... ¿por qué noventa y nueve caballeros y no cien?, os preguntaréis. Pues porque es bien sabido que armar a noventa y nueve caballeros sale más barato que armar a cien.






Un monstruo guardaba la segunda puerta que conducía a la Torre del Tesoro. Era tan terrorífico que bastaba pronunciar su nombre, «¡GARDABLÚ!», para curarle el hipo a cualquiera que se hallara a siete leguas a la redonda. Había solo una forma de distraer al monstruo y el Rey Misérrimo era el único que la conocía.

Para llegar hasta la tercera puerta había que atravesar un laberinto encantado de escaleras y pasadizos. Estaba construido con tan mala intención que cuando uno





creía que subía en realidad bajaba y cuando creía que bajaba lo que hacía era subir. Se decía que quien allí se adentraba sin conocer sus secretos perdía el camino y también la razón, ya que se acababa encontrando consigo mismo



llegando desde la dirección opuesta. El Rey Misérrimo era el único conocedor de los secretos del Laberinto Encantado, y por eso solo él era capaz de atravesarlo y llegar hasta la tercera puerta, que conducía, al fin, a la Cámara del Tesoro.

La Cámara del Tesoro, situada en lo alto de la Torre del Tesoro, era el lugar más secreto y mejor guardado del mundo.

16

